

Rosas y espinas de Europa

ANTONI PUIGVERD – La Vanguardia 07/02/2005

Convocar un referéndum es la peor manera de promover la reflexión sobre Europa. El referéndum es un mecanismo dudosamente democrático. Obliga a argumentar a lo bruto, a constreñir las respuestas, a simplificar la realidad. Refuerza una tendencia muy acusada en nuestro tiempo: la de sustituir las ideas políticas por las identidades políticas. Ante la realidad presente, confusa y contradictoria, tan líquida, la política ya no apela a ciudadanos capaces de pensar por su cuenta y riesgo, sino a *consumidores calientes* que se identifican menos con las ideas que con las siglas, los iconos, las banderas.

Los dimes y diretes que genera el referéndum, forzosamente maniqueos, deforman el significado de la Unión Europea y favorecen la expansión de dos comportamientos cívicos insanos: la indiferencia y la reacción. La indiferencia de los que se tragan las posiciones dominantes. Y la reacción negativa: fundada en el malestar, el enfado o el despecho, y visualizada en el gesto, tan catalán, de la butifarra. Aunque el sí cuenta con poderosos avales, es más ruidoso el no, sea derechista, izquierdista o nacionalista. Incluso puede ser más numeroso, puesto que la indiferencia cristalizará en abstención. No es fácil, desde luego, encontrar un buen mecanismo para reflexionar sobre Europa. Ensordecidos por el ruido de la actualidad y entrenados, como el perro de Pavlov, para responder instintivamente a cada nuevo estímulo del presente, los políticos, los ciudadanos y los medios de comunicación ya no podrían, no sabrían detenerse en un área de descanso a reflexionar sobre el trayecto.

Entre los ruidosos partidarios del no están los nostálgicos de un orden antiguo, emparentados con los peores demonios del pasado. Sueñan con bruñidos cascos patrióticos; o con una Europa blanca, cristiana y homogénea, encastillada frente a las invasiones de los supuestos bárbaros del sur y el este. No vale la pena hablar de ellos. Y no por falta de peligro (toquemos madera: los huevos de la

serpiente son peligrosos incluso cuando aparecen en forma de caricatura), sino porque, de momento, carecen de apoyos sólidos entre nosotros. Menos inquietantes, pero no menos instintivas son, en cambio, la mayoría de las recriminaciones que hacen los partidarios del no desde posiciones supuestamente europeístas o avanzadas. Llegan incluso a producir estupor por la visión angelical que presuponen. Al parecer, en la Constitución o tratado europeo (en la que consta la Carta de Derechos Fundamentales más avanzada del mundo) tal o cual derecho no relumbra como en el cielo. No se garantiza la felicidad. Estas recriminaciones, como las del nacionalismo catalán, dan por supuesto que Europa es un espacio divino, en el que las conquistas sociales y culturales se producen a la manera de los milagros.

Puestos a simplificar, aclaremoslo de una vez: la Europa de hoy nació después de haber pasado una temporada en el infierno. La Unión Europea arranca de una de las experiencias más siniestras que la historia humana ha inventariado. Procede del hedor moral de los campos de exterminio. Surge de las dos grandes guerras continentales (tres, si añadimos la franco-prusiana de 1870), sin olvidar que la última tuvo el doloroso aperitivo de nuestra Guerra Civil. En Europa, hace 60 años, los muertos se producían a escala industrial. El progreso científico y técnico fundamentó la regresión al bestialismo más puro. La gran música de Mozart, Beethoven o Wagner se trenzaba con el humo de los hornos crematorios. El infierno se abrió junto a la tumba de Kant, el que ideó la ética más lúcida. En la patria de Goethe fructificó el peor azufre; en la de Leopardi, el imperialismo de opereta; en la de Rousseau, primero el imperialismo, después la ambigüedad moral.

Miles de jóvenes que habían leído a Erasmo, Montaigne o Cervantes fueron despedazados en los mataderos patrióticos. Fue un momento de grandes paradojas: cuando la gran masa accedía a la cultura, cuando la vieja lacra del analfabetismo empezaba a superarse, precisamente entonces, Europa se emborrachó de odio.

Europa es ahora un pacífico mercado. La unidad de los europeos es básicamente estomacal. Estómagos confederados. He ahí una realidad escasamente lírica, ideológicamente impura. Y, sin embargo, gracias a esta vulgaridad sanchopancesca, el infierno europeo parece tan lejano que ya muchos no lo recuerdan (entre ellos, los ideólogos de salón de belleza). ¿Es posible construir la ciudadanía europea y sembrar en el mundo los valores fraternales al margen de los estómagos? Nadie sabe cómo. Es más, cuando alguien ha intentado construir una sociedad ordenada por la razón y el bien común, la miseria ha rebrotado. Sucedió hace muy poco en la Europa del Este: tiranía, pobreza, represión, incontables matanzas. El gulag.

El tratado europeo no es una carta a los Reyes Magos. Es una vacuna, obtenida en el laboratorio del monedero, contra los grandes males de la historia continental: el racismo, el nacionalismo expansivo, los delirios de la razón, los enconos vecinales. Europa es un mercado que intenta convertirse en bulvar para que los europeos empiecen a pasear civilmente. Puede que a este bulvar le falten estatuas nobles y le sobren escaparates. Pero son las tiendas, y no las estatuas, las que conjuran la tragedia. Europa no es un camino de rosas. Ni una subasta de pétalos. Es la manera de evitar las espinas del pasado.